

Para libramos del “bien” y entender el mal: un rompecabezas cultural de la guerra en Colombia

Sánchez Baute, Alonso. 2008. *Libranos del bien*. Bogotá: Alfaguara [372 pp.]

Eudes Toncel Rosado*

Silvia Monroy Álvarez**

* Antropólogo, Universidad de Antioquia. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: Entre las réplicas y los saqueos. *Anagénesis. Revista contra-cultura chilena* 3: 22-23, 2010; y La comunidad narrada: reflexiones sobre los pasquines en Fonseca. Ponencia presentada en el *XIII Congreso de Antropología en Colombia*, del 30 de septiembre al 3 de octubre, Bogotá, 2010 (en prensa). Actualmente cursa la maestría en Antropología Social en el Instituto de Altos Estudios Sociales, Argentina. Correo electrónico: eudestoncel@hotmail.com.

** Antropóloga, Universidad de los Andes. Magíster en Antropología Social de la Universidade de Brasília y actualmente finaliza su doctorado en Antropología Social en la misma universidad. Becaria del programa Capes-proex, Brasil. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: "Consejos comunales" e sequestrados: reflexões sobre a noção de intimidade cultural e a construção de estereótipos nacionais na Colômbia. *Universitas Humanistica* 67: 309-322, 2009; y Río Abajo. Una exposición de Erika Diettes (reseña). *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología* 8: 197-200. Correo electrónico: silviamonroy@gmail.com.

Al parecer, los profesionales de las ciencias sociales hemos sucumbido a los hechos absurdos, horrorosos e indignos que resaltan la violencia extrema. Esto a propósito del análisis de la estela de muerte y desplazamiento dejada a lo largo de décadas por la guerra insurgente y las retaliaciones supuestamente contrainsurgentes en Colombia.

La *intelligentsia* del país se debate entre la actualización de las denuncias ante la constante aparición de nuevos hechos, que incluso recrean los ya conocidos y asombran por la capacidad creativa de los crímenes, y la explicación de las maquinaciones que están por detrás de ellos. Los análisis de los ciclos históricos y territoriales de esta guerra nos advierten su lejano final, pero no contemplan la contribución del ciudadano promedio a su perpetuación. Otros se dedican a reconstruir la enmarañada red de circunstancias y actores que, se supone, deben ser resaltados en los análisis de coyuntura. Algunos consideran las crónicas más fieles a los hechos y, por ende, más eficaces en la labor de sensibilización de la opinión pública al convertirse, dígame de paso, en éxitos editoriales. También pulula la crónica testimonial de carácter autobiográfico que suele reproducir el pensamiento binario de la guerra: víctima-victimario, y, más allá de eso, replica la oposición enemigo-aliado, arma ideológica de largo alcance que nos sume en el odio perpetuo.

A nuestro modo de ver, existe una crisis creativa en el análisis del conflicto colombiano y sus profundas raíces. Algunos podrán responder a este llamado de atención diciendo que los acontecimientos superan las posibilidades

analíticas. Otros podrán argumentar que desde la historia, la economía, la sociología, la ciencia política y la antropología se imprime un estilo particular que obedece a una sombrilla disciplinaria, sumada al propio sello de las configuraciones teóricas que empleamos o los recortes de los cuales nos valemos; los estudios de caso (por masacre o hechos focalizados o por regiones) son tendencias que se han venido imponiendo. Habrá quien diga que es osado hablar de crisis creativa al referirnos a un asunto tan serio y sensible, lo cual requiere objetividad y neutralidad. No pretendemos establecer una reflexión sobre estos valores, correspondientes a un pacto ideológico moderno y occidental. Reconocemos, eso sí, que la neutralidad, al menos, podría ser “sustituida” por un ejercicio de reflexión sensible de nuestra propia trayectoria de vida y sus encuentros con la guerra. Luego de ello, tal vez sea posible declarar una neutralidad con vocación crítica, enriquecedora, en la medida en que permita acercarnos más a la expresión. *Libranos del bien* de Alonso Sánchez Baute es prueba indiscutible de que tal ejercicio es posible.

Conflicto armado, parapolítica, falsos positivos, etc., son etiquetas de fenómenos que nos sobrecogen por su complejidad, aunque las interpretaciones y análisis terminan siendo planos, poco comprometidos —en primera instancia— con dicha complejidad. Carecen de algo que la ensayista india Arudhati Roy (2009) advierte a propósito del desgaste de la democracia, como sistema político que se ha excedido en la representación y como utopía que se ha tornado embriagadora. La crítica de esta autora es avasalladora porque nace de lo que ella considera una de las preocupaciones fundamentales de todo escritor: tratar de minimizar la distancia entre el pensamiento y la expresión. Este cuestionamiento debería guiar a los científicos sociales

—también escritores y narradores— que tratan de analizar los meandros del conflicto colombiano, de la guerra en Colombia, pues, en últimas, bajo sus designios nacimos todos, así como todos hemos vivido bajo los designios de una democracia dubitativa.

En su libro *Libranos del bien*, Alonso Sánchez Baute sigue esta advertencia y nos da una memorable lección: habla desde el dolor de ver su pueblo natal desangrado, y, al mismo tiempo, nos hace conscientes de la dificultad de “tomarse en serio” esta guerra cuando se crece junto con ella. Declaración sencilla pero profunda que confirma la complicidad pasiva o la naturalización de la violencia como el proceso más peligroso que se aferra a ciertos sentimientos y estereotipos nacionales. “Nos odiamos como hermanos”, sentenció el autor en la página 66.

En letras cursivas empiezan a aparecer los relatos, en primera y tercera persona, de los implicados en esta historia multivocal sobre las trayectorias de vida de Rodrigo Tovar Pupo y Ricardo Palmera Pineda, vallenatos posteriormente transfigurados en “Jorge 40” y “Simón Trinidad”, nombres de guerra del jefe del Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y de uno de los comandantes del Bloque Caribe de las FARC, respectivamente. Ambos fueron extraditados a Estados Unidos y “se reúnen” en aquel país bajo otra modalidad de exilio que se ha vuelto común.

La obra de Sánchez Baute, como él mismo lo reconoce en las páginas finales, bebe en varias fuentes y, por esa razón, en ella caben los rótulos de crónica, reportaje, entrevista, noticia, artículo de opinión, perfil psicológico, ensayo, biografía y autobiografía. Esta gimnasia estilística permite que, entre otras cosas, la devoremos sin darle largas, pero responde también a la intención del autor de alejarse de algunos

rasgos de la crónica latinoamericana que “exalta la tragedia, lo marginal, lo pobre, lo violento, lo asesino” (p. 18). Ésta es, a nuestro modo de ver, una segunda advertencia para los académicos del conflicto y para algunos violentólogos. Su investigación no está interesada en mostrar los horrores y las víctimas de la guerra, sino que ahonda en la tragedia de Valledupar de las últimas décadas, intentando determinar por qué una generación, representada en los dos personajes citados, tuvo que enfrentar la encrucijada de irse “pa'l monte”. En ello también hay una profunda injusticia, anidada en otro rincón del sentido común nacional: la guerra se libra en el monte y no en otros espacios de interacción y decisión, algunos de ellos más cotidianos, más próximos, de lo que se suele pensar o de lo que se quiere reconocer.

La ausencia casi manifiesta de metáforas críticas sobre el conflicto en el folclor del Valle de Upar tiene su contrapunto en el testimonio de un valleduparino; Rodrigo Tovar Pupo, Ricardo Palmera Pineda y Alonso Sánchez Baute, en la inmensidad divergente de sus elecciones vitales, comparten no sólo un universo cultural sino un entramado de relaciones sociales que oscilan entre el *statu quo* político colombiano y el universo bucólico de su pueblo original. Reseña nuestro autor, en una profunda y consciente faceta de etnógrafo, los episodios que van convirtiendo el paisaje local en un escenario de la muerte: “¿qué pasó en Valledupar, por qué una aldea apacible y calmada, un verdadero remanso edénico, de repente se convirtió en semejante teatro de tragedias donde el odio y la violencia son el pan de cada día?” (p. 303).

Valledupar fue creciendo, las bonanzas fueron llegando y se fueron yendo; en el gobierno de López Pumarejo (1934-1938) todavía no se terminaba de construir la carretera que empezó

Marco Fidel Suárez (1918-1921) y que uniría, más adelante, Valledupar y Riohacha, para esas épocas reluciente puerto por donde fueron llegando “religiosos y cultura”. Religiosos a los que “no les importó meter su trola en la cintura de una indígena local o de una esclava negra”. En este panorama se fue gestando toda suerte de gracias y desgracias, apogeos varios que marcan una continuidad histórica y dan mérito suficiente para tomarse en serio las pesquisas del escritor. Como si de una periodización estratigráfica se tratara, aparecen el contrabando, la bonanza del algodón y su posterior gran quiebra, la expansión de la ganadería y el maravilloso estreno del “mayor artilugio de riqueza”: el alambre de púas. De esos latifundios a la guerrilla y de allí a los paramilitares, subsuelo infértil de nuestra historia reciente.

Un capítulo impresionante de este relato tiene que ver con la construcción social de los géneros. La notoria ausencia de “escritura femenina” en el acervo literario de los colombianos, salvo numeradas excepciones, hubo de privilegiar a los varones. En el campo de las armas, las revoluciones y las contrainsurgencias, no hay mayor diferencia. Representa Alonso Sánchez Baute, abiertamente homosexual, una voz disidente e inconforme entre los acuerdos y desacuerdos, pues hace énfasis de forma penetrante en la exaltación de los atributos sexuales –de género– de la escritura, creando así una especie de manifiesto que contiene una crítica cultural a un *ethos* retorcido que exalta la violencia y valida la polarización de pensamiento.

Sánchez Baute logra lo que pocos antropólogos conseguirían –lo afirmamos nosotros en nuestra condición de antropólogos confesos–, en gran medida por falta de creatividad y por ponerle corsé a las experiencias etnográficas: reconstruir el rompecabezas cultural del Cesar –y de Valledupar,

específicamente–. Al hacerlo, reconstruye el mapa cultural de la guerra en Colombia. Reconstruir el propio rompecabezas cultural es un dilema de los antropólogos nativos –de los investigadores, en general– decididos a problematizar el lugar de origen. De hecho, Sánchez Baute demuestra que la perpetuación de la guerra en Colombia tiene que ver con el mantenimiento de un proyecto de género: ¿Cómo se enseña a los hombres a ser hombres en Colombia y en medio de la guerra? ¿Qué se espera de ellos? ¿Por qué una vez extraditados jefes paramilitares a Estados Unidos, en sus “áreas de influencia” se padecía de una sensación de indefensión y orfandad? Como muy bien dice el autor, el machismo del Caribe colombiano no es la causa de que nos matemos hace décadas entre “nosotros mismos”; el asunto es, más bien, que la guerra anida en un *ethos* machista, en el cual el pensamiento pausado y reflexivo es sospechoso y se exige arrojo y acción para mantener el orden “natural” de las cosas. ¿O, por qué la misma sanción social generalizada que sufre el homosexual la padece aquel que, teniendo la “oportunidad” en la administración pública, no roba y no busca su propio beneficio?

Una de las volteretas de la historia de vida de Ricardo Palmera Pineda –antes de ser Simón Trinidad, como lo aclara insistentemente el autor– retrata la traición a la propia clase social; proceso poco explorado por los científicos sociales en este país, más entusiasmados con el asunto de la perpetuación de las élites o con las historias de ascenso social o de las clases emergentes. Pero la traición a la clase por parte de miembros de élites regionales es un asunto que tiene mucho que ver con el conflicto armado. ¿Qué ocurre con los personajes que en una esfera pública se tornan displicentes con los de su misma condición y se acercan a los estigmatizados por ella? En Colombia el ascenso social es un

tema, el centro de nuestra afición por “la novelería” –y las novelas–, el chisme y “la urgencia por la apariencia”, pero la movilidad social no lo es: transitar entre diferentes camadas sociales es imperdonable, menos aún si se es partidario de transformaciones en lugares que no corresponde hacerlo. Mientras cada uno permanezca en su lugar y pueda hasta burlarse a partir del estereotipo que se ha formado del otro, no hay mayores problemas, y ésa, entre otras cosas, termina siendo una forma nefasta de reconocer nuestra diversidad.

Las categorías nativas del Valledupar retratado en *Libranos del bien* nos horrorizan porque condensan algunos de los motivos de tanto odio nacional; las nociones a las que nos referimos son las que dividen el mundo entre “ambiciosos” y “pretenciosos”: los prime-

ros, “blancos” y “ricos”, los segundos, “negros” –o en algunos casos, menos blancos– y “pobres”. Cuando este tipo de clasificación social está tan anclada es posible entender el porqué de la complicidad con aquellos que permiten que los ricos sean cada vez más ricos y por qué en Colombia, como sentencia uno de los personajes casi centenarios de Sánchez Baute, “el primer sospechoso siempre es la víctima” (p. 235). Por ello, en zonas que han sufrido los embates militares, guerrilleros y paramilitares, muchos investigadores al presenciar algún asesinato han recibido como respuesta: “En algo debía andar”, “Algo debía” o “Aquí al que se porta bien no le pasa nada”.

Si pudiéramos encontrar un género entre tragedia y epopeya, lograríamos situar algunos de los acontecimientos

que marcaron la vida de Ricardo Palmera Pineda y Rodrigo Tovar Pupo. Leer su transformación nos deja “pálidos por dentro” –tomando en préstamo una bella expresión del escritor–, pues pone de presente la necesidad de modificar ciertos hábitos de pensamiento y acción para no continuar enfrentando el vórtice que nos seguirá arrastrando hacia la muerte. Para nosotros es claro que hemos dejado en un segundo plano el análisis de los sistemas de valores en los cuales ha ido prosperando y prosperará, con nuevas ropas y en otros escenarios, esta guerra que sigue sin nombre. ❖

REFERENCIAS

1. Roy, Arudathi. 2009. La endeble luz de la democracia. *El Malpensante* 103, noviembre.